

1997

Fernando Unzueta. La imaginación histórica y el romance nacional en hispanoamérica. Berkeley: Latinoamericana Editores, 1996.

Jennifer Estrella

---

### Citas recomendadas

Estrella, Jennifer (Otoño-Primavera 1997) "Fernando Unzueta. La imaginación histórica y el romance nacional en hispanoamérica. Berkeley: Latinoamericana Editores, 1996.," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 46, Article 38.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss46/38>

**Fernando Unzueta. *La imaginación histórica y el romance nacional en hispanoamérica*. Berkeley: Latinoamericana Editores, 1996.**

Partiendo de la noción de interdependencia entre historia y ficción en el siglo XIX, este libro del Profesor Fernando Unzueta (Ohio State University, Columbus) propone que el **romance** es el género novelístico dominante en Hispanoamérica a mediados de siglo. Además, señala que dicho tipo literario se presta de manera especial al ideario de los escritores de la época, porque permite la prefiguración de proyectos nacionales para las nacientes repúblicas del continente. Con estas sugerencias, Unzueta quiere aportar una “alternativa interpretativa a los estudios tradicionales de obras de ficción históricas” (32).

Consciente de que el vocablo **romance** se utiliza en la tradición hispánica para designar un género poético (lejano equivalente de la balada tradicional inglesa) y no uno novelístico, y anticipando razonables reacciones como la de Cedomil Goic que afirma que el uso del término es “un claro anglicismo léxico” (115), Unzueta comienza su estudio con una definición tajante del éste a partir del modelo de las novelas históricas de Sir Walter Scott. El crítico destaca que la particularidad de este modelo consiste en la fusión de la novela histórica, el romanticismo y el realismo en un solo texto; es decir, incluye la ideología romántica por la presencia de héroes aislados que luchan contra conflictos internos y contra la sociedad, pero presenta a estos héroes como producto de su ambiente particular (lugar, raza y tiempo) que es una característica del realismo. Además, el modelo de Scott destaca una conciencia de la historia por su interés en lo medieval; la minuciosidad de la presentación del trasfondo histórico en que sitúa la acción y la lucha de supervivencia de una sociedad (*Waverly*); la aceptación de que la ideología y la situación novelada deben surgir de la economía e historia de un momento determinado; y, por último, la presentación de sociedades en progreso que van hacia la civilización.

Recordemos que en el siglo XIX la publicación de periódicos, revistas y folletos alcanza su auge y, como resultado, circula un gran número de textos tanto nacionales como extranjeros entre los cuales podemos encontrar las novelas de Sir Walter Scott. En base a teorías de H. R. Jauss, Unzueta

sugiere que dicha difusión creó una “expectativa” específica en el lector de novelas históricas del siglo XIX. Una breve cronología de los artículos críticos publicados sobre el *romance* y la novela histórica de Scott a partir del año 1832 sirve en *La imaginación histórica* como un primer paso en la enumeración que intenta evidenciar la familiaridad de los escritores hispanoamericanos con estos textos. Entre estos escritores Unzueta cita a Heredia en su “Ensayo sobre la novela” (1832), Domingo del Monte en un ensayo titulado “La novela histórica” (1832), José Antonio Echeverría, José Jacinto Milanés, Joaquín Blest Gana con su “Tendencia del *romance* contemporáneo y estado de esta composición en Chile” de 1848, las dos voces principales de la Polémica del romanticismo en 1842 (Sarmiento y López), etc. Según Unzueta, ya esta familiaridad con el *romance* de Scott sirve para demostrar la validez del uso del vocablo en Hispanoamérica. Un segundo paso consistirá en demostrar la utilización del mismo en escritos de la época particularmente como parte de subtítulos ya sea en dos de las tradiciones de Ricardo Palma (“Lida” y “Manuel Cordato”) o en una novela histórica como *El oidor* de José Antonio de Plaza que se subtitula “*romance* del siglo XVI”.

No obstante, si ese empleo del término no deja de ser esporádico y convive con otros, ¿por qué la insistencia en usar la denominación para lo que muchos otros creadores y críticos llamaban y llaman la “novela histórica”? Siguiendo los pareceres de Unzueta, existe un problema de clasificación en la producción novelística del siglo pasado en nuestro continente:

Las distintas taxonomías empleadas aceptan algunas variantes pero coinciden en distinguir por lo menos tres tipos de novela “romántica”: las históricas, las sentimentales y las sociopolíticas, éstas últimas generalmente con elementos costumbristas y “realistas” más significativos. (91)

Estas clasificaciones quedan descartadas por ser consideraciones de tipo temático. Por ello, a falta de una solución, el crítico reitera que “resulta conveniente definir el *romance* como el género novelístico dominante a mediados del siglo XIX” (91). Su base teórica principal son las nomenclaturas propuestas en los años cincuenta — del siglo XX — por Northrop Frye, cuya visión de la genología era esencialista y suponía la validez de unos pocos términos clasificadores aplicables a la totalidad de la literatura universal, sin reparar en la dinámica interna de distintas culturas y sus respectivas producciones estéticas o críticas (en las que hay que considerar como signo clave los nombres que se dan a los géneros). Así pues, pese a que la mayoría abrumadora de los teóricos y escritores hispanos tanto del siglo XIX como del XX se inclinan por el rótulo “novela histórica”, Unzueta prefiere un *marbete* que proviene del inglés e intenta colocar su discusión en un plano teórico internacional.

A través de *La imaginación histórica* se señala el historicismo que permea la visión del mundo en la sociedad decimonónica y, más específicamente, la importancia que adquiere la historia para los escritores y pensadores hispanoamericanos que están conscientes de la necesidad de construir naciones en sus nuevas repúblicas. A pesar de las opiniones divergentes que aparecen en escritos de la época sobre la validez de la presentación de la historia en obras de ficción, Unzueta demuestra aptamente que hay un número significativo de escritores que alientan la producción de la novela histórica con un fin didáctico-moral: para crear un ideario nacional que separe a las nuevas repúblicas de su pasado colonial y las proyecte hacia un futuro diferente.

De las cinco novelas estudiadas en la segunda parte de *La imaginación histórica* — *Soledad* (1847) de Bartolomé Mitre; *La novia del hereje* (1843-54) de Vicente Fidel López; *La hija del judío* (1848-50) de Justo Sierra O'Reilly; *Guatimozín* (1846) de Gertrudis Gómez de Avellaneda y *El cristiano errante* (1846) de Antonio José de Irisarri —, cuatro de ellas se asemejan al situar la trama en el pasado, ya sea en la colonia o en los años alrededor de las guerra emancipadoras, con el fin de criticar el sistema del pasado y a la vez proponer otro sistema como modelo para el futuro. La quinta novela, *El cristiano errante*, difiere por ser una sátira; es decir, es una parodia del romance porque en ella, siguiendo nuevamente la definición de Frye, “se niega el sentido del heroísmo y la capacidad de acción efectiva” (214). Además, Unzueta señala que en esta obra “el examen del pasado [...] es un pretexto para ‘criticar’ el presente” (217) y, por ende, no proporciona un modelo para las nuevas repúblicas.

La contribución a la construcción de la nacionalidad en las cuatro primeras novelas mencionadas reside en la presentación de la ideología liberal que se funde con el desarrollo de la trama. Por ejemplo, si en toda novela histórica la caracterización de los personajes es dicotómica, en *Soledad*, esta polarización resulta de la filiación política del personaje. Es decir, si el primer marido de la protagonista es un español “asociado con el pasado y el abuso de poder” (145) que muere de vejez al final y el que lo sustituye, Enrique, es un joven militar que ha luchado en las guerras de independencia, Unzueta sugiere que Enrique “representa las fuerzas jóvenes de la nación, vencedoras del pasado colonial y la dominación española” (145). No es necesario destacar que el segundo matrimonio es mucho más feliz que el primero.

De manera similar, en *La novia del hereje* y *La hija del judío* se presenta la injusticia de la sociedad colonial a través de los poderes establecidos (la Inquisición, las casas comerciales europeas) encarnados en los personajes — siempre de origen español — que intervienen en el amor de los protagonistas. Para Unzueta, la posibilidad de un modelo mejor de organización social/familiar se sugiere con el desplazamiento de los

protagonistas al final de ambas novelas: al no poder vivir en el ámbito de la sociedad colonial hispanoamericana, unos se mudan a una mansión campestre inglesa, otros parten hacia Portugal o hacia España.

Como Unzueta señala, ninguno de los textos aporta un modelo concreto para las nuevas repúblicas; cuatro de ellos, sin embargo, sugieren que hay mejores alternativas que el sistema colonial, así reforzando la iniciativa de independencia de las colonias hispanoamericanas. A la vez, todos los textos contribuyen a la edificación de una identidad nacional mediante la descripción de costumbres, detalles de la vida cotidiana y problemas propios del lugar y el momento histórico en que se sitúan.

Estas re-lecturas logran con pulcritud y claridad lo que Fernando Unzueta se propone en la introducción a *La imaginación histórica*: una “alternativa interpretativa” de la ficción histórica del siglo XIX en Hispanoamérica. No obstante, el uso enfático del término **romance** que hemos comentado es capaz todavía de generar discusiones. Los argumentos a favor de su empleo siguen siendo poco convincentes frente a las implicaciones lingüísticas y culturales del vocablo. Sería legítimo afirmar, por consiguiente, que este libro ha abierto una compuerta interesante para debatir y explorar las tantas veces olvidadas letras decimonónicas de Hispanoamérica. En ese sentido, el trabajo aquí reseñado tiene méritos innegables y resultará de suma utilidad para el estudioso del pasado continental.

**Jennifer Estrella**  
University of Connecticut, Storrs